

1/8 May 1976 + XXIII

LA GUERRA DE LOS PINCELES

Gracias a un programa de RTVE, ha estallado la guerra entre los pintores del país astur. No se sabe bien si la discordia es nueva o es todavía como una continuación o consecuencia de la del 36. A nadie debe extrañar tan noble antigüedad, no dicen que hubo una guerra de cien años? En todo caso, existen muchos indicios de que las miserias sobre que disputan nuestros pintores vienen de viejo.

Estábamos ya profundamente disgustados por las desdichas futbolísticas cuando, para colmo, se vienen a poner en cuestión dos tópicos de los muchos que encubren la realidad de nuestra región. Tópico n.º 1: que la pintura asturiana es la primera en calidad de todas las Españas; tópico n.º 2: que la nómina de genios astures en las artes plásticas supera los trescientos. Ambos tópicos sirven a los intereses de quienes procuran hacernos creer que aquí todos pintamos mucho, cuando los verdaderos centros de decisión continúan siendo patrimonio del centralismo a todos los niveles.

Sobre el lugar que ocupa la pintura asturiana corresponde pronunciarse a los críticos de arte. Por lo pronto, baste señalar que ese «grandonismo» —que tan bien hace el juego a quienes procuran ocultar las madaduras de esta región—, no resiste la comparación con la pintura catalana, por citar un ejemplo. Y esto a pesar de que, indudablemente, Asturias cuenta con un nutrido plantel de buenos artistas. Ahora bien, la destrucción del tópico n.º 1 vino de quien menos cabía esperar: de uno de los pintores más favorecidos por la situación cultural astur: Manuel Rodríguez Lana. Como es sabido, en una entrevista televisiva, Marola desestimó la actual pintura asturiana, primero globalmente, y después refiriéndose a 5 ó 6 nombres de los más eminentes, siguiendo después una polémica de la que ha quedado constancia en estas mismas páginas. Sobre el valor artístico de la obra de Marola —cuyo éxito económico sólo tiene parangón con el conseguido por Corín Tella— hay dos opiniones contrapuestas: para algunos Marola debiera estar en el Prado; para otros, el paralelismo con la Corín sería más que económico y la obra de Marola constituiría una especie de estupefaciente tranquilizador que el usurero astur coloca sobre la chimenea de su casa de campo. Uno —que no quiere líos— prefiere no entrar en esa discusión, además, si bien se mira, en el Museo del Prado hay tantos empleados que no tendría sentido discutir por uno arriba o abajo. El tópico n.º 2 se disolvió



por dificultades de organización. Se trataba de llevar por España —y parte del extranjero— una exposición itinerante de la pintura astur actual. Pero, claro, al elaborar la lista de artistas surgió la primera dificultad: había trescientos nombres ineludibles, más otros cien, que no habían visto nunca un pincel pero que llevados de un fuerte patriotismo querían participar en la muestra. En segundo lugar, la superabundancia de pintores cuestionaba el carácter de manifestación: ¿puede considerarse como pacífica una manifestación de cuatrocientos pintores? (No se olvide que el poder ejecutivo nacional sólo considera manifestaciones pacíficas las que resultaren inmóviles, invisibles e intangibles; remoción difícilmente alcanzable como es obvio). Venía después el problema del desplazamiento de las obras de arte. Si se tiene en cuenta la modestia de nuestra Marina Mercante, se advertirá la dificultad de encontrar un barco que transporte las 1.200 telas, sobre todo con viento en contra. No pararon aquí las dificultades, pues los organizadores tuvieron que renunciar a llevar la muestra hasta el

Japón —como estaba previsto—, ya que el gobierno de aquel país comunicó, en atenta carta, que no disponían de ninguna isla suficientemente extensa para contener, a lo plano, tantos cuadros. Se pensó entonces enviar la exposición a Australia, que salvo en la zona montañosa del norte, dispone de terreno suficiente para albergar las obras en posición horizontal. Pero aún surgió otro nuevo problema: como todavía muchos de nuestros pintores siguen haciendo paisaje como si no hubiera existido el último siglo de historia del arte —esto es, Asturias vista con ojos de Central Lechera—, apareció el temor de que ante la abundancia de hierba representada en los lienzos, la exposición fuera devorada por los canguros.

En suma que los organizadores se vieron obligados a adoptar una decisión heroica: limitar el número de genios. Y para ello, se constituyó un piquete de selección formado por los más destacados pintores. Y si la polémica entre Marola y «los cinco» fue la de Brunete, la selectividad de los pintores está siendo la del Ebro.

M. CAMPA

Ver con la actual situación socioeconómica del país. Estas buenas gentes que regresan o que son invitadas interesadamente, desconocen totalmente los pormenores y los pormayores, es decir, el cotarro político de esta España de 1976. No hacía falta que el villalbé nos lo recordara: sabemos que éstos y otros muchos españoles y extranjeros notables no son rojos. Ahora bien, tales ciudadanos, por los que manifestamos nuestros más profundos respetos, ignoran el abecé de la situación. Son unos auténticos incultos en materia de asuntos sociológicos, políticos y económicos. Incapaces de interpretar con el mínimo rigor, el que por ejemplo se exige en los primeros cursos de las facultades del país, la mutación operada en nuestra España. Sus juicios provienen de la literatura, de la metafísica, del ensayismo decimonónico, de la poesía, de la vieja tradición, de la Edad Media, del eruditismo menéndez-pelayista, de la generación del 98, en fin, de unas fuentes hispánicas que nada, absolutamente nada tienen que ver con la realidad del momento.

Esa España que relata don Claudio o don Salvador no existe más que en unos cuantos libros (por ellos escritos) y en una conciencia decididamente mítica. Estos ilustres maestros procedentes de una España rural han llegado a la décima potencia industrial hablando un lenguaje que, según recientes estadísticas, no entendemos el ochenta por ciento de la población activa.

Es lógico que RTVE los quiera utilizar porque así le conviene al Régimen. Respetamos la significación de estos hombres, su obra, su postura, su anticomunismo, su viejo encanto liberal... Pero, maestros, esto ha cambiado la tira y la cosa ya no es posible interpretarla, diagnosticarla, con sus polvorientas metodologías.



Esas que ignoran, por ejemplo, lo que son las clases sociales, los modos de producción, el contexto, el movimiento obrero, la industrialización, el consumismo, la sociología, la estadística, la economía, la nueva sicología, la cultura contemporánea y otras caxigalinas por el estilo. Ya estubo bien de caxigalinas por el molino durante cuarenta años para que ahora vengan unos símbolos literarios a darnos crónicas lecciones de lo que debe de ser el futuro de un país que todavía no ha superado el totalitarismo fascistoide.

Hay que respetar a los ancianos. Pero los ancianos especializados en viejas historias también tienen la obligación de respetar la nueva historia. O sea, a los españoles que ni hemos participado en una guerra ni estamos dispuestos a incurrir en otra. La educación política es recíproca queridos don Claudio, don Salvador, don Alejandro, don Eduardo, don Rodolfo, don Etc...

DON JOB